

En Valencia : 4 números 5 rs.—
12 id. 15.—24 id. 28.—48 id. 54.

Núm. 2. — Tomo 1.º — Domingo 12 de Octubre de 1845.

En Provincias : 4 números 6 rs.—
12 id. 18.—24 id. 34.—48 id. 66.

CAIDA

DE LA TORRE DE VALENCIENNES.

Desde la caída de la flecha metropolitana de Cambrai, en 1809, ningún acontecimiento ha sido mas notable, dicen los periódicos del Norte, que la de la torre de Valenciennes, que sin disputa era uno de los mas elegantes monumentos del Norte de Francia. Su construcción data del siglo XIII. En 1222, reinando la condesa Juana de Flandes, hija del famoso emperador Balduino de Constantinopla, se levantó en la plaza del mercado una torre; y fuera defectuosa su construcción ó fuera por su mala colocación se demolió en el año 1237 y se dió principio á la nueva fábrica en la estremidad meridional de la misma plaza; encargando la dirección de esta obra al señor de Materen, gobernador de aquella ciudad. Concluyóse este monumento en el año 1260; y su forma era del mas hermoso género de arquitectura de aquella época. En 1358 se colocaron dos campanas, y una de ellas llamada la *Campana blanca* era del peso de nueve mil libras, y la otra, llamada *Curianda*, vaciada por Guillermo de Saint-Omer, pesaba tres mil libras. Durante las guerras entre Carlos V y Francisco I sufrió la torre algunas variaciones; hasta que en 1712 se le añadieron nueve habitaciones decoradas con hermosas esculturas, entre las cuales son mas conocidas las siguientes con los nombres del *Dromedario*, el *Toro Marín*, el *Tritón*, la *Sirena*, el *Camello*, el *Castor* y el *Elefante*.

En 1782 y 1784 Mr. Pujol verificó algunas reparaciones segun el gusto del tiempo de Luis XV, y los nuevos adornos se unieron á la obra gótica de Juana de Flandes.

Durante el sitio de Valenciennes su magnífica torre fue el blanco de la artillería enemiga; pero, como dice oportunamente el *Eco de la Frontera*, menos mal le hicieron las balas de los sitiadores y los cañones del duque de D'Ivri que los embadurnamientos de los restauradores. En 1800 fue reemplazada la veleta que figuraba el escudo de armas de España con una fama; y en tiempo de la restauración se

colocó en su lugar un leon dorado, emblema heráldico de Valenciennes.

La altura total de esta torre, segun la describió en 1824 el capitán Costa, era de setenta metros.

Este magnífico resto de la antigua arquitectura, y que tantos recuerdos inspiraba al viajero, desapareció derrumbado en la madrugada del 7 de Abril del año 1843. Imponente seria ver caer bajo su enorme peso aquella mole inmensa de sillería, desmoronándose una por una aquellas piedras colosales ennegrecidas por el tiempo, respetadas por los siglos y admiradas por tantas generaciones. Entre el confuso torbellino que levantaba el polvo de sus antiguos arcos y cúpulas, seria doloroso observar precipitarse desde una altura de setenta metros aquella pesada torre que se venia abajo sobre la espensa plaza que se estiende á sus pies, y sobre las casas inmediatas, con el terrible

fragor de su pesadumbre. Un monte de escombros cubria la plaza de armas y las avenidas de sus calles contiguas, entre las campanas destrozadas y el hierro de sus galerías. La primera víctima fue el desgraciado vigía, que situado en su atalaya permaneció algunas horas asido á la soga de una campana, viendo en su terrible ansiedad desaparecer los muros al rededor, y el piso que tronaba á sus pies, destruyéndose rápidamente, y siguiendo con su mirada atónita



el desmoronamiento de su antigua y suntuosa morada. Así permaneció largo espacio hasta que la campana se vino á bajo, arrastrando entre las ruinas al infeliz vigía, hundiéndose entre los escombros.

Después se ha procurado restaurar esta elegante torre; aunque la ciudad de Valenciennes perdió el único monumento que la honraba sobremanera. — V. B.

COSTUMBRES.

LA ACTRIZ.

(Continuacion.)

No seguiremos en su rumbo á aquellas insignificantes medianías que con mas presuncion que talento, recorren las provincias mendigando los aplausos de indulgentes espectadores. Dejémoslas disputar con el empresario sobre las condiciones de su escritura, con el director de escena sobre el papel que sin estar en su cuerda la repartió, y con el periodista sobre los artículos que acerca de ella escribió. Dejémosla hacer mas alarde de sus gracias de muger que de sus dotes de actriz, con el piadoso objeto de adquirirse una clientela de adoradores. Estas son cierta especie de diosas á cuyas aras ofrece todo caminante lo mas raro y precioso de su país como decia Gil Blas de su ama Arsenia, y solo se llaman actrices porque entran y salen en el teatro como pudieran entrar y salir en cualquiera otra parte. Algunas de ellas toman tanta afición á los empresarios que al fin consiguen hacerse dueñas de una buena parte de la empresa.

Dejemos tambien á otras desventuradas que sin talento ni hermosura se ven condenadas á ocupar siempre las boardillas de los teatros, como si dijéramos, arrastrando una mísera existencia, sin que jamás luzca para ellas un hermoso día. Sus goces están reducidos al momento en que á duras penas celebran su ajuste y toman el préstamo. ¡Infelices mugeres! para ellas el teatro es un infierno, los espectadores unos demonios á quienes aborrecen de muerte.

Tampoco nos ocuparemos de otras, que dotadas de una alma de hielo y mas dispuestas

«al triunfo y al festin que á la pelea,”

es decir, con mas vocacion para desempeñar en el mundo el papel de perfecta casada, ó el de *femme entretenue* que es lo mismo para ellas, lo que quieren es vivir y divertirse sin cuidarse jamás de sus compromisos de artista, y mirando mas bien como un suplicio el momento de hacer la comedia. Pertenecen al teatro, como podian pertenecer á cualquiera otra cosa, y permanecen en él porque sus padres las colocaron allí, porque no han tenido el suficiente valor de separarse de una carrera para la que no nacieron indudablemente. Estas son unas buenas cuñas en la máquina teatral. A todo se acomodan fácilmente y á todo se prestan con tal que sea poco el trabajo que se les exija. El papel mas corto es el mejor, el mas adecuado para ellas, el que desempeñan con mayor gusto.

No haremos mencion por consiguiente de otras *adietas* en el principio, profesoras después, que por haber concurrido durante sus primeros años á ver media docena de funciones de aquellas que se ejecutan en el Carnaval, Pascuas y otras fiestas de guardar, por haber desempeñado cuatro papeles en otros tantos teatros caseros, ahorcan los hábitos, dejan los estudios y se meten á cómicas, porque diz que es vida lucrativa y divertida. Estas por lo regular sientan plaza de primera dama en compañías ambulantes, y *ambulando ambulando* pasan su alegre vida; tienen en verdad sus pun-

tas de actriz, en algo se parecen á nuestro tipo, pero no son sin embargo las que buscamos. Es otra, sí, otra es, la que llenando todas las condiciones que se exigen puede ser saludada con el respetable nombre de actriz, y darnos cabal idea de su benemérita clase.

¿Veis aquella muger pálida, despeinada, envuelta en un pañolón, vestida de un sencillo traje de lanilla ó tafetan con un pequeño rollo de papel en sus manos? Esa es una actriz que va al ensayo. Seguidla y la vereis atravesar silenciosa las calles desde su casa al teatro, llegar al vestuario, dar los buenos días á la portera, saludar friamente á los que han llegado antes que ella, y sentarse con desden en un ángulo del teatro. No os acerqueis á esa muger en tal momento, está murmurando en voz baja de la comedia que debe ejecutar y del autor que la escribió, del lujo que gasta la dama joven y del mal gusto con que se viste. Murmura del empresario que no la pagó, del público que no la aplaudió, y arroja sapos y culebras sobre las pobres de sus compañeras porque dice que son escandalosas.... Pero esperaos un momento; ha llegado ya el director de escena y el ensayo va á comenzar. Mas si sois aficionado, si teneis algun interés en el éxito de la pieza alejaos de aquel sitio, porque se os caerá el alma á los pies y tragareis la bilis por arrobas al oír á nuestra actriz tartamudear los versos de su papel, diciendo á cada instante, ¡*Jesus que malo es esto!* y al verla torcer el hocico y hacer gestos de desprecio acaso en el mejor trozo de aquel, en el mismo que si lo comprendiese arrancaría mas aplausos del auditorio. Y no volvais tampoco antes de la conclusion del ensayo, os irritareis y os dará una calentura ardiente al oír la entablar con el director el diálogo que sigue:

—¿Cómo se viste esta comedia?

—A la italiana. Es del tiempo de los Médicis. Pero con el mayor lujo posible; V. hace la duquesa y....

—Pues yo no tengo ropa para eso.

—Bien, pero se la hará V.; yo la daré el figurín, dice el autor muy satisfecho.

—Ni por pienso. ¡Qué disparate! yo no puedo comprarme un trapo: ¡buenos están los tiempos para semejantes gastos!

—Pero hija ¿cómo ha de ser? ello es preciso que salga V. bien vestida.

—¿Y sino tengo?...

—Calla niña, dice la madre de la prégima que ha estado muy atenta á la conversacion. No te apures por tan poca cosa. Sacarás el vestido de terciopelo verde que te regaló el señor marqués para tu beneficio, aquel que te sirvió cuando estrenastes el *Vaso de agua*.

—Pero señora ¿qué tiene que ver?...

—¡Ay! no señor que es muy bonito. Abierto por delante, muy descotado, manga muy airosa, y unas pocas de luces que le ha puesto la niña....

—Sí, mamá, ese está bien, no me acordaba.

—Pues bien, señora, salga V. como mejor le parezca, contesta el autor desesperado.

Y en estas y en esotras se acaba el ensayo, y nuestra protagonista emprende inmediatamente el camino de su casa.

Si la sorprendeis en ella á las dos horas de esta escena la vereis aun en el mismo *negligé* de por la mañana, dando el último repaso á su papel, y un poco mas tarde arreglando su ropa en la *canasta*, y colocando en ella por supuesto el vestido de terciopelo verde que la regaló el marqués. No prolongueis mucho vuestra visita, porque os sucederá probablemente que no hallareis en que sentaros. La casa de una actriz está generalmente montada á lo militar. Tantas sillas como personas, y de aquellas dos ó tres desvencijadas, una mala mesa de pino, cuatro ó cinco enormes baules que suplen constantemente de banquetas, un miserable espejo de carton, roto por añadidura que hace las veces de tocador,

una cama *comun de dos* que la ausencia de cortinillas en las vidrieras deja percibir en la alcoba....

Y aquí da fin
La ropa blanca
Que mi hijo Crispin
Llevó á Salamanca.

Este es todo el menage de la habitacion de una actriz. Porque si bien otras veces suelen adornar las paredes algunos trages, sombreros ó turbantes, colgados de otros tantos clavos, esas prendas están allí como si dijéramos en la *restauracion*, esperando que las hábiles manos de su dueña se empleen en ellos para prolongarles la vida por medio de una nueva metamorfosis.... (1).

EL VESUBIO.

El Vesubio se halla situado entre el mar y los Apeninos y cerca de dos leguas y media de Nápoles. Son tantas las variaciones que ha sufrido en su altura y en la forma de su cráter, que es muy difícil ofrecer una idea exacta. Tal como se encuentra en el día, se puede calcular, sin embargo, que el Vesubio se eleva cerca de seiscientos toesas sobre el nivel del mar.

Los escritores de la antigüedad nos dan nociones tan vagas é inciertas, que apenas podemos persuadirnos de que sus descripciones convengan al monte mismo, á quien conocian con el nombre de Vesubio; y no faltan pasajes en sus obras que hacen sospechar designasen bajo este nombre la Solfatara de Pozzolo. Sin embargo, Diodoro, Strabon y Plinio parecen convenir en conceder esta denominacion al monte que conocemos por el Vesubio; de cuyas erupciones no se hace ninguna mencion en la historia de los primeros tiempos de Italia. La primera noticia que de ellas se encuentra nos la ofrece Diódoro de Sicilia, que escribia veinticinco años antes de Jesucristo, asegurando que este monte habia ya en otra época arrojado llamas, como el Etna, conservando desde entonces algunas huellas de sus convulsiones volcánicas. Strabon nos dejó mas detalles; porque despues de haber descrito á Pompeya, á Herculano y otras ciudades, concluye diciendo que se elevaba sobre estas poblaciones el Vesubio, monte muy fértil, cuya cima se hallaba solo cubierta de cenizas, lo que indicaba haber existido en ella algun volcan que se extinguiria, cuando acabaron de consumirse sus materias combustibles.

A pesar de esto, los pueblos que habitaban sus faldas vivian sin temor, y lejos de la idea espantosa de que tenian tan cerca un enemigo formidable que bien pronto iba á derramar sobre ellos el terror y la devastacion.

La primera prueba de la existencia terrible del volcan data desde el año 63, inundando con sus cenizas muchos lugares situados en la base del cono, y aterrando á los átomos habitantes.

Despues de diez y seis años de la mas completa seguridad volvió el volcan á desplegar de nuevo su espantosa actividad. Plinio el jóven describe las horrorosas circunstancias de la fatal erupcion del 79, que ha dejado recuerdos tan memorables en la historia. En una carta á Tácito, describe con precision aquella catástrofe, y pinta la muerte de su tío que pereció en esta erupcion, victima de su valor y de su amor á las ciencias. Hallábase este desgraciado escritor en Misena mandando la escuadra romana, cuando deseoso de examinar de cerca aquel imponente fenómeno, y ausiliar á los infelices amagados por una muerte tan desastrosa, atravesó el golfo y fue á desembarcar en Stabia. Por todas partes cundia la mas lastimosa consternacion; y Plinio, sin em-

bargo, con el objeto de tranquilizar á su amigo Pomponio, en cuya casa se habia hospedado, se echó á dormir; mas dispartando al tumulto que interrumpió horrorosamente su sueño, se vió en la necesidad de huir á la playa; pero encontrando el mar demasiado agitado para poderse embarcar, se detuvo, pidió agua y se tendió sobre una vela. En este estado de ansiedad y de fatiga, se vió en un momento solo, porque los que le acompañaban le abandonaron, perseguidos por las llamas y por el olor de azúfre que las precedia. Levantóse entonces Plinio, y sostenido por dos esclavos que no quisieron separarse de él, trató de retirarse; pero apenas habia caminado un corto espacio, cayó muerto. Tres dias despues se halló su cadáver en actitud de un hombre dormido.

Un siglo despues describió Plutarco otra erupcion, y cincuenta años mas tarde Dion Casio hizo otra descripcion, confundiendo la verdad con las mas estrañas fábulas al pintar la destruccion de Herculano y de Pompeya en los momentos en que sus habitantes se hallaban reunidos en el circo.

Sigionio, en la historia del imperio de Occidente, refiere otra erupcion que tuvo lugar en el año 472, asegurando que sus cenizas se derramaron por toda Europa, llegando á caer tambien en Constantinopla.

Dícese que la de 993 arrojó el fuego hasta las cercanías de Roma, y que aun llegó á la misma catedral de san Pedro.

La séptima erupcion comenzó el 27 de Febrero de 1036, cuya descripcion se debe á un monge de Monte-Casino, siendo esta la primera vez que el Vesubio arrojó abundante lava, desde el año 97.

En 1631 espantosas detonaciones precedieron á una de las erupciones mas formidables de que se haya conservado memoria. Secáronse los pozos y las fuentes de sus alrededores, y en la noche del 16 de Diciembre se notaron en el monte terribles convulsiones que duraron casi sin interrupcion hasta el amanecer, en que se pudo distinguir una inmensa columna de humo negro y espeso semejante á un pino de Italia, señal manifiesta de que se acercaba una violenta erupcion. Cubrióse el golfo de tinieblas, mientras una lluvia de ceniza inundaba los campos que ciñen la ribera, interrumpiendo la oscuridad los brillantes relámpagos que hendian su seno. Terminaron estas convulsiones por una esplosion, y un torrente de lava rodó precipitado por la parte del monte que conduce á *San Giovanni á Teduccio*, dividiéndose en siete brazos que inundaron los jardines, campos y algunos pueblos. Portici y Resina desaparecieron en aquella inundacion de fuego, cuyas oleadas se hundian en el mar, dirigiéndose una de sus corrientes hácia *Madona del Arco*. Las grietas del monte arrojaban al mismo tiempo una agua hirviendo, que se derramó por doquiera, acabando de destruir lo que la lava habia perdonado.

En 1737 se verificó otra erupcion observada por Francisco Serrao, primer médico del rey de Nápoles. Siete años hacia que el Vesubio arrojaba espeso humo, hasta que del 14 al 15 de Mayo, el humo salió confundido con las llamas. Por la noche se aumentó mucho mas, y el 20 verificó su esplosion. El torrente de fuego que vomitaba el cráter fue espantoso, y la lava abrasó las faldas del volcan.

Otra erupcion se notó el 22 de Octubre de 1751, y sus detonaciones hicieron retemblar á Nápoles y Massa; y tres años despues se observó otra que duró cerca de seis años, durante cuyo tiempo vomitó de continuo el Vesubio torrentes de lava.

En 1760 se abrieron al pie del monte doce enormes grietas por donde se exhalaban horrorosas detonaciones muy semejantes á las descargas de artillería.

El caballero Hamilton describió la erupcion de 1767;

(1) La conclusion en el número próximo.

Mr. Denon fue testigo ocular de la de 1799, y la de 1802 no debió ser muy violenta, pues Chateaubriand pudo visitar el cráter sin peligro alguno.

La de 1820 produjo ocho bocas, formando además otros tantos cráteres, dos en el interior del cono principal y seis en el exterior.

En 1822 se formó otro nuevo, lanzándose uno de sus torrentes hacia Resina, y causando horribles estragos en la *Torre dell'Anunziata*, y en la *Torre del Greco*.

Tal es el compendio de las erupciones del Vesubio que tantas veces han descrito los viajeros, y cuyo cráter ha sido visitado por los mas distinguidos personajes en la literatura y en las ciencias de todos los países.

A continuacion insertamos la tabla cronológica de las erupciones de este volcan desde el año 79 de la era cristiana hasta 1822:

79	1036	1631	1712	1760	1774	1786	1810
203	1049	1660	1717	1766	1775	1790	1811
472	1138	1682	1730	1767	1776	1794	1813
512	1139	1694	1737	1770	1777	1804	1817
685	1306	1701	1751	1771	1778	1805	1820
993	1500	1704	1754	1773	1779	1806	1822

El cráter tiene una circunferencia de cinco mil seiscientos veinticuatro pies, sobre mil trescientos cuarenta de profundidad; sentado el viajero al borde de aquel abismo de fuego puede con facilidad contemplar el brillante espectáculo que ofrece el gran panorama de Nápoles. Al Oriente el promontorio de Sorrento, la patria del Tasso; Capri, de recuerdo vergonzoso para Tiberio; Ischia, volcan apagado, digno rival en otro tiempo del Vesubio; Prócida y en último término la faja azulada del mar. Al Mediodía el cabo Miseno, Puzzolo y Poussello, con sus bosques, sus iglesias y sus vilas; y al frente Nápoles, que se estiende como un magnífico anfiteatro; y al pie del monte Portici, Herculano, Resina, las *Dos Torres*, Pompeya y las campiñas mas bellas y pintorescas.... Las mas delicadas flores crecen lozanas en las faldas del volcan, objeto de tanta admiracion, de tantas tradiciones, de tanta poesía y de tan variados recuerdos.

Tal es el gran panorama que se ofrece desde la cumbre de este monte prodigioso, cuyas inmensas llamaradas reflejan en las altas horas de la noche en las aguas del puerto de Nápoles. Magnífico es entonces ese brillante fenómeno; y aumenta su imponente perspectiva cuando envuelto en las llamas se exhala de su vasto cráter un humo denso; se eleva la luna por cima de su cúspide, para ir á derramar su luz de plata sobre la pintoresca Nápoles. ¡Paisaje poético que es preciso visitar para poderlo admirar bastante! El cielo transparente, suaves las brisas de sus jardines, deliciosa la lengua de aquellos habitantes, y una ciudad reclinada en la orilla del Mediterráneo iluminada por el Vesubio, cuyos rogizos resplandores forman sobre las aguas anchos regueros de luz, que aparecen y desaparecen, y oscilan ó duermen segun las ondulaciones de la inconstante superficie de la mar. La pintura ha representado mil veces este paisaje mágico y solo á su poder está reservada la copia de uno de los fenómenos mas notables de la creacion; porque la poesía ha sabido, sí, espresar las multiplicadas sensaciones que inspira, pero no ha podido representar aquellas noches de luna, en que dormida Nápoles, arroja de continuo el Vesubio su extraordinario esplendor, bañando con él las campiñas, el mar y el horizonte; dejando exhalar alguna vez aquellos rugidos subterráneos, cuyo origen misterioso nos revela el insondable abismo en que rueda la enorme é incalculable masa de fuego que se agita sin cesar en la espantosa profundidad de su cráter. ¡Oh! ¡cuán bellas son estas noches de Nápoles! Tranquilas como las de los mares de la Grecia, ha inspirado sal mas sublimes creaciones al génio; y solo su recuerdo

pudo formar las mas sublimes pinceladas de madama Staël. Noches románticas en que el murmullo del mar, y entre el incesante rumor de las entrañas del Vesubio, ha podido un poeta dibujar los mas gigantescos cuadros; pero si es español, ha sabido tambien verter mas de una lágrima sobre aquellos mismos campos donde la grandeza de nuestros reyes de Aragon arrojaba á centenares las generaciones de sus vasallos para fecundar con sangre preciosa la conquista, que se recogió desde el pie del cadalso de Coradino. Allí, allí ha brillado el valor de nuestros valencianos, aragoneses y catalanes, cuando se disputaba á la mitad de la Europa la perla de Italia; allí pereció Carlos de Anjou; allí fue grande Roger de Lauria; aquellos mares eran nuestros, y el resplandor del Vesubio alumbró mil veces los estandartes de Aragon cuando se prodigaba nuestra sangre bajo el cetro de los Pedros y de los Jaimes, y cuando la planta del Gran Capitan hacia estremecer de un punto á otro la Italia, y hacia resonar su voz en las mas retiradas bóvedas de Sant Angelo. ¡Ahora! solo quedan recuerdos; Nápoles es bella aun; el Vesubio es todavia un espectáculo sublime; solo ha cambiado nuestra fortuna, aunque es el mismo el valor. ¡Qué recuerdos para nuestra historia ofrecen aquellas faldas del Vesubio, donde tantas veces han acampado nuestros tercios de infantería para hacer temblar desde allí los altos poderes de Europa atónita á la vista de tanta hazaña, de tanto denuesto y de tantos laureles, que muchas veces los españoles, cansados de su misma celebridad, dejaban recoger á sus enemigos como resto de sus triunfos! — V. Boix.

CARTAS Y PENSAMIENTOS DE UN VIAGERO

Al Sr. D. Rafael de Carvajal.

Mi buen amigo:

Durante la triste y amarga lucha que ha derramado el dolor por toda la estension de nuestra patria, el cielo mas propicio con mi ventura me condujo á un asilo extraño, pero seguro, desde donde pude en silencio condolerme y observar al mismo tiempo los usos y costumbres diferentes que me rodeaban. A medida que las ideas ó los objetos se presentaban á mi imaginacion, trasladaba al papel mis impresiones; sin aliño, sin cuidado, tan solo como las concebía. Estas mismas observaciones ofrezco á V. como sincera y corta expresion de mi gratitud: V. quiso con esa amabilidad que á V. es característica, que mi nombre insignificante y oscuro se mezclase entre los de esa estudiosa y brillante juventud, que con su elegante pluma sostiene la reputacion que el *Fenix* adquiriera, merced á sus constantes desvelos; y en la brillante época que empieza para él, justo es que manifieste por mí cuán dulce y placentero es para los que buscamos en la literatura y la poesía una tregua al padecer, la bella acogida que las ciencias y las artes encuentran en las orillas del Turia frondoso y encantador.

Cubra el nombre de V. la pequenez de este corto ensayo literario, que si alguno encuentra en él oscuridad ó pesadéz, tal vez lo respete por la persona que lo acoge. — Luis Miquel y Roca.

I.

Noviembre de 1835.



OR la parte de España, la primera ciudad que fija la atencion del viajero es Burdeos. Bayona, Dax, Mont-Marsan, son tan tristes en sus edificios y posicion, que á decir verdad cuando se abandonan las arenosas landas, y sus pastores montados sobre zancos, para tomar el ancho y espacioso camino que conduce á la capital de la Gironda, se

siente el corazón como aligerado de un peso que le oprimía. No sea esto decir que las ciudades arriba nombradas carezcan de comodidades y de los gozes de la vida material, no; el aspecto de la generalidad de sus habitantes indica la comodidad y el bienestar de su situación; empero la monotonía de sus movimientos, de sus ocupaciones es tal, que el alma se agota y desvanece en busca de una impresión, de otra sensación mayor que la anterior. Por más que se alabe y los franceses se envanezcan con la límpida claridad de su cielo, de la brillantez del sol, y de la pureza de su atmósfera, es esta generalmente nebulosa y triste; y Febo el rubicundo no es allí seguramente donde más le place lucir su dorada cabellera. El incesante cultivo del labrador hace presentar al país todo, una agradable y vistosa perspectiva, y el verde-oscuro de los árboles gigantesos hermanado con el pagizo de las plantas entretiene la vista y recrea la imaginación.

Empero á la aproximación de Burdeos, aquella perspectiva algo monótona se cambia en admiración al observar las continuadas y magníficas quintas que hermocean sus alrededores, en las cuales se nota el buen gusto que ha presidido á la alineación de las calles de árboles de sus parques, la simetría de sus bien dibujados jardines, la comodidad y buena distribución de sus casas de campo, la elegancia y limpieza en todo.

Un acontecimiento asáz ridículo y divertido, rompió el silencio y monotonía, que entre gentes desconocidas reina siempre en las diligencias, donde cada uno va entregado á diferentes pensamientos ó cálculos, según variadas son las intenciones de los que se encierran en aquellas voluminosas máquinas que nos transportan doquier nos dirigimos, ú otra fuerza mayor nos impele mal de nuestro grado. Un habitante de los que unos llaman la pérfida Albion, y otros la generosa aliada, se hallaba empaquetado entre cinco compañeros más en la rotonda, donde debía hallarse sin duda alguna oprimido y maldiciendo su mala estrella, cuando nos detuvimos para cenar en Dax, cuya posada no convendría ciertamente al delicado paladar del romano Lúculo. Acabóse el descanso prefijado, y el inglés había desaparecido cuando el conductor dió el grito fatal «al carruaje señores.» Todos nos adelantamos á ocupar nuestros asientos respectivos, cuando los que habían pagado el cabriolé ó berlina, notaron que el de la Inglaterra se hallaba tendido en ella, como si todos los tres asientos le pertenecieran de derecho. Se le suplicó que lo abandonara, pues que había padecido sin duda equivocación en el sitio, y él contestó muy gravemente y chapurreando el francés: «no quiero:» instósele segunda y tercera vez, llamóse al conductor, y éste repitió el mandato, pero nuestro inglés impasible á todo contestaba «estoy bien y no quiero.» Se le amenazó con dar parte á la autoridad de su resistencia, se le volvió á suplicar; pero en vano, siempre la misma respuesta y la misma impasibilidad. Eran ya las doce de la noche, y aunque á aquella hora los pacíficos vecinos de Dax, yacen entregados al más profundo sueño, las voces y gritos de los viajeros los habían sacado de su letargo, y las ventanas se hallaban adornadas con las modestas y simples vestiduras de los durmientes, que al oír aquella gritería creían hallarse sorprendidos por una horda de beduinos. Llamóse al fin al alcalde (maire) el cual no debió dejar el lecho con placer, presentándose con dos gendarmes por compañeros. Esplicósele el caso, y él volvió á repetir la intimación. Siempre la misma respuesta y la misma inmovilidad de parte del inglés. Cansada al fin la autoridad de tanta reclamación y de tanta desobediencia, mandó subir á los gendarmes para que lo arrancasen á viva fuerza de su sitio. Empero no bien habían aquellos agentes puesto sus manos sobre él, cuando alejándose de su asiento les dijo: «Basta, salgo de aquí, porque se me echa á la fuerza, pero no por

la voluntad de los demás.» Cada uno de nosotros y el alcalde entre ellos le increpaba á su manera, el uno por la incomodidad de arrancarle de su casa y los demás por el tiempo que llevábamos perdido, pero el grave personaje sin dignarse dar la menor excusa á nuestras recriminaciones, ocupó su asiento, tan grave y silencioso como si de nada hubiera sido causa. Separóse el alcalde con sus gendarmes, cerráronse las ventanas del pueblo, rodó el carruaje, y en sus diferentes habitaciones se entabló la conversación sobre la estravagancia de nuestro compañero de viaje, que unos tacharon de rareza y otros de locura, pasando de allí á destrozarse el orgullo y altivez de sus compatriotas, á quienes no se les dejó hueso sano que no se le moliese como polvo. Tal es el cariño que entre los franceses encuentran los de Inglaterra. Es verdad que en cambio los segundos desprecian en alto grado á los primeros. Para unos la sátira, su puñal, y para los otros su daga, su desprecio.

Hasta que se llega á la puerta de Aquitania se atraviesan las anchas y pobladas calles de los arrabales de Burdeos, que dan una idea aventajada y grandiosa del centro de la ciudad que se va ensanchando y presentando una grandiosa perspectiva al internarse por el *cours d'Albret*, con sus altos álamos por ambos lados, notándose en él, el magnífico y moderno hospital general y militar, cuya espaciosa fachada confronta con el palacio de justicia y cárceles contiguas, edificio recién construido, es digno de la mayor admiración, por la distribución de las salas para los diferentes tribunales, y la comodidad y seguridad para los presos, y un poco más adelante la *mairie* ó casa de ayuntamiento, cuyas rejas de su jardín forman una buena parte de la fachada del *cours*, arriba nombrado, desembocando este en la espaciosa plaza *Dauphine*, cuyos edificios todos de igual construcción la dan un aspecto triste y monótono, pues que la humedad del aire del vecino caudaloso río han ennegrecido sus fachadas.

La mejor calle de la ciudad, y á la que dá entrada la plaza que acabamos de describir, es sin duda la llamada *Fossés de l'Intendence*, y su continuación hasta el Garona, *Chateau Trompette*. De una estensa anchura, bordada de anchas aceras é iluminada por vistosos candelabros de gas, es allí la reunión de las mejores tiendas de modas, de *cercles* ó casinos, de las mejores y más elegantes fondas y la parada de las diligencias, teniendo estas sus despachos en la preciosa plaza que divide sus dos nombres, llamada de la Comedia. Al final de la de Chateau Trompette se halla el lindo edificio de la Bolsa, aunque no es por aquella parte su entrada principal, y al finalizar la calle se presenta el caudaloso río poblado de barcos y naves de diferentes dimensiones y bellezas, ornados sus palos de banderas y gallardetes.

A cualquiera hora del día ó de la noche que las diligencias lleguen á la ciudad, se encuentran las administraciones llenas de hombres y niños que le rodean y aturden, presentándole sus targetas impresas con el nombre de la fonda á que pertenecen, como encargados de atraerles huéspedes entre los recién llegados. «¿Tiene V. fonda?» «¿Busca V. cuarto?» «Véngase V. conmigo.» «En la fonda de.... tendrá V. una hermosa habitación muy barata;» y otras muchas de este jaez, de manera que al infeliz novel que molido y asendereado del camino, cree llegando á la ciudad encontrar el reposo á sus fatigas, aquella multitud preguntona y alborotada le depara un cruel momento, que solo con una negativa fuerte y decidida le abandonan á su buena ó mala suerte, según que son buenas ó malas las indicaciones que ha tomado al principio de su viaje. — *Luis Miquel y Roca.*



MARGARITA PUSTERLA,

NOVELA HISTORICA.

Traducción de D. P. García Cadenas.

(Continuación.)

Suspiciáz ó envidioso del ageno esplendor, Luchino habia retirado su favor á todos aquellos que en tiempo de Azona llegaron al apogeo de su fortuna; y deseando rodear su persona de una pandilla dócil y dispuesta á secundar sus miras, echó mano de los compañeros de su depravada juventud, prontos á egecutar sus órdenes y aun á entregarse á los mayores excesos. Entre las personas que formaban la comitiva que estamos describiendo, hacíanse notar fácilmente los favoritos y los que no gozaban de la proteccion del príncipe. Los primeros rodeaban á Luchino, y de vez en cuando tomaban parte en su conversacion. Distinguiáanse tambien en el orgullo con que desplegaban el brillo de su bajeza, en la afectada escrupulosidad con que cuidaban de no reunirse sino entre ellos, y en la graciosa ostentacion con que hacían caracolear á sus fogosos corceles. Los otros se mantenían en última línea taciturnos ó pronunciando apenas algunas palabras en voz tímida y apagada. El pueblo suponía naturalmente en los favoritos del príncipe todo el buen sentido, valor y prudencia de que á su entender estaban desprovistos los caídos: por consiguiente, saludaba á los primeros y trataba á los otros como hereges y escomulgados. Contenido por el hosco semblante del alemán Sfolcada Melik, capitán de los guardias de honor de Luchino, la muchedumbre, mirando al través del barbudo hocico del gendarme, gritaba sin cesar:

—¡Viva Visconti! ¡viva la víbora (1)!

En medio de la brillante comitiva galopaba, sin hacer distincion de grandes ni plebeyos, un bufon perteneciente á esa raza que pululaba entonces en las córtés y sobre todo en la de Milan, que destinaba treinta mil florines anuales para mantenerlos: ¡excelente empleo del tesoro público! Aquellos hombres hacían el papel que representaban de vez en cuando los poetas y constantemente los aduladores: lisongear al príncipe, hacer reír á espensas suyas y ocultar bajo el chiste de una palabra todo el horror de un crimen. Sin embargo, como nada hay en este mundo por malo que sea donde no se encuentre algo bueno, esos hombres aventuraban á veces entre sus equívocos algunas verdades atrevidas que, á no ser por ellos, no hubieran llegado jamás al oído de los grandes.

Grillincervello, que así se llamaba el bufon de Luchino, cubría su cabeza rapada con un gorro blanco de figura cónica sobre el cual descollaba una cimera de escarlata imitando una cresta de gallo: sus calzas y su jubon de lienzo, anchos y mal perguenados, estaban cubiertos de botones y anillos sonoros, y llevaba en la mano un baston á cuyo extremo figuraba una cabeza de loco con dos orejas de asno. Servíale de espuelas dos nabos (fabricados según él en Pavia) con los cuales escitaba el ardor de un fogoso caballo de Barlassina (que así llamaba á su asno) todo cubierto de lazos y campanillas. Dilataba los extremos de su boca una risa compuesta de iditismo y de malicia, y dirigiendo á todo el mundo con descaro sus ojos bizcos y mal rasgados, saltaba de una parte á otra, ya dando caza á los cerdos y gallinas

(1) Sabido es que las armas de los Visconti representaban una víbora en el acto de tragarse á un niño.

que corrian libremente por las calles, ya interceptando el paso á los transeuntes y dirigiendo á este un donaire, al otro una injuria. Murmurando al oído de Melik algunas frases de mala gerga tudesca, tiraba al mismo tiempo de su imponente mostacho; y mientras que el guardia, sin comprometer su gravedad, se disponía á corregirle con el plano de la espada, el maligno bufon escapaba con ligereza. Matteo Salvático (autor del *Opus pandectarum medicinae*, el mejor tratado sobre la virtud de los simples) cabalgaba con todo el aparato de los médicos de entonces, vestido con su túnica de púrpura, las manos sobrecargadas de sortijas preciosas y calzando espuelas de oro. El loco, haciendo al caballo de Matteo un gesto intraducible, le decía al pasar: —Tómale el pulso, y dirigiéndose hácia el astrólogo Alandon del Nero, otro mueble indispensable de una corte en aquella época, el cual iba absorbido en sus profundos cálculos, le daba un pescozon, diciéndole al mismo tiempo: —Esto no te lo han revelado las estrellas.

Luchino lo escuchaba y sonreía. Acababa de dejar á sus espaldas el palacio que habia levantado enfrente de san Jorge para su domicilio particular, y atravesaba lentamente el gentío que cerca de san Ambrosio in Solariolo aflua al mercado ó, como entonces se decía, á la Balla del aceite, cuando su vista se fijó en el terraplen saliente de una torre situada en el ángulo de la calle que conduce á san Alejandro, donde habia una jóven asomada. Era esta Margarita Puster-



la, de la raza de los Visconti, y prima del príncipe.

No era ciertamente un capricho de curiosidad mugeril el que la impelia á asomarse al terraplen, sino el deseo de ver á su marido Francisco Pusterla, uno de los vencedores de la justa, como ya hemos dicho, el cual se mantenía en última fila entre los descontentos. La noble dama, tan bella como debe serlo la heroína de una novela, dirigía sobre el parapeto del terraplen los pasos de un niño de cinco años, y con su blanca mano le indicaba á lo lejos un caballero ricamente vestido y bien montado. A su vista saltaba el niño de

alegría entre los brazos maternos, gritando: — ¡Mi padre! ¡mi padre! y con la ingénua vehemencia de su infantil alborozo, tendía hacia el caballero sus manecitas. Absorta en este episodio de familia, que era la mayor delicia para ella, Margarita no pensaba en las aclamaciones de la muchedumbre, ni en la pompa de la cabalgata, ni en los ojos que admiraban sus encantos, ni en el mismo Luchino, por mas que éste alojó el paso al llegar cerca del balcon, y deseoso de llamar la atención de Margarita hizo piafar y caracolear al soberbio caballo blanco que regia.

Al ver que sus esfuerzos eran vanos, una nube de cólera atravesó el rudo semblante de Luchino. Ramengo de Casale, uno de esos cortesanos siempre dispuestos á secundar todas las pasiones de los príncipes, se le acercó, y haciéndole un saludo de respetuosa adulación, le dijo:

— Si alguno quiere encontrar la grandeza en un hombre y la hermosura en una muger, es preciso que las busque en la casa de los Visconti.

Insensible Luchino á esta humarada de incienso, le respondió como hombre acostumbrado á la mas baja adulación:

— Sea como vos decís; pero parece que nuestro nombre comun no tiene gran precio á los ojos de esa bella, y es indudable que todos vosotros juntos no habeis sabido embellecer nuestras reuniones con su presencia.

— Lo confieso, replicó Ramengo: su carácter es tan salvaje y orgulloso como su belleza está llena de esplendor y de atractivo, pero cuanto mas difícil es la victoria tanta mas gloria reporta al vencedor; y ¿cuál es el rigor que no sucumbe á los suspiros de un príncipe?

En aquel momento llegó el bufon: echóse á reír sardónicamente en las barbas del cortesano, hizo otro tanto con Luchino, y le dijo gesticulando de modo que resonasen todas sus campanillas:

— No le hagás caso, amo mio: lámete bien los labios, que ese bocado no es para ti.

— ¿Y por qué no, miserable? Estas palabras se escaparon al despecho de Luchino.

— Por qué no, repitió el bellaco dando de espuelas á su asno y desapareciendo rápidamente. Sin embargo, Luchino, sordo á las lisonjas de los cortesanos y á las aclamaciones del pueblo, caminaba con lentitud y se volvía de vez en cuando hacia la bella Pusterla. Pero los ojos de Margarita no se apartaban de su marido, el cual caminaba en conversacion con su page y con un monge que habian salido á recibirle. En el primero todo era vehemente, acción, miradas, lenguaje: el rostro apacible y grave del segundo revelaba una lucha profunda entre la violencia de las pasiones y la constan-

cia de la voluntad: su frente, pronta á cubrirse de arrugas, sus flacas y cóncavas megillas, sus labios pálidos y contráidos, todas sus facciones, en fin, llevaban el sello que el infortunio impone á sus víctimas, como para darles el consuelo de reconocerse entre ellas y de poder aliarse para combatir en comun.

Las miradas insultantes del príncipe, y el afán con que se volvía hacia el terraplen, no escaparon á los ojos de Pusterla, y dijo este á sus compañeros, á quienes chocara tambien la libertad de Luchino:

— ¡Ya lo veis!

— Lo veo, respondió el monge bajando los ojos y en la actitud de un hombre acostum-

brado á las mas graves meditaciones.

— ¡Miserable! exclamó el page arrojando chispas por los ojos, ¡eso ya es el colmo de la infamia! ¿Pero qué se puede esperar de un tirano? ¡Oh! ¡que no pueda contar Milan cien hombres animados de mi resolución! Y vos, señor Pusterla, ¿cuándo os resolveréis á proclamar vuestro nombre en alta voz y á sacudir de un solo golpe el comun oprobio y la esclavitud de la patria?

Francisco Pusterla imponía silencio con la voz y con la acción á Alpínolo, que así se llamaba el jóven page, mientras que el monge con la tranquilidad habitual á las personas que viven reconcentradas en sí mismas:

— Solo un partido, decía, les queda que tomar á los descontentos: separarse de los malvados, y sin cuidarse del olvido de sus conciudadanos, buscar en la dicha de las afecciones domésticas la paz de la conciencia y la salvaguardia de su honor. Eso es lo que ha sabido hacer tu noble suegro Uberto Visconti, y ese es el ejemplo que debías imitar, cuando todo te anuncia que es llegada la hora. Y si no dime: con el tesoro que posees en tu esposa Margarita, ¿hay un rincón de la tierra tan apartado, una soledad tan remota que no se convierta para ti en un paraíso?

CUENTOS

Y TRADICIONES POPULARES DE VALENCIA.

VISITA AL INFIERNO.

Conservábase no hace muchos años en la copiosa librería del convento de Sto. Domingo, un gran cuaderno manuscrito en folio, redactado por el célebre D. Gaspar Antist, caballero valenciano. Personage notable en sus tiempos este escritor, sirvió en 1530 el cargo de Mustasaf (Almotacen); y en 1538

fue elegido jurado segundo por el brazo de caballeros y generosos. La obra que mas le distingue y que se ha transmitido inédita hasta nuestros dias, se titula: «*Memories de còses senyalades que se han seguit en la present ciutat y reine de Valencia, començant en lo mes de Agost de 1553.*» Supónese sin embargo, que no fue esta su única produccion, como es de observar en lo que dice su pariente el maestro Antist en la vida de san Vicente Ferrer: «en los memoriales de Gaspar Antist, jurado que fue de Valencia y hombre muy leido, he hallado que en 29 de Noviembre de 1412, se halló san Vicente en Valencia.»

Debióronse acaso perder estos memoriales anteriores á los de dicho cuaderno, cuyo autor murió lunes 21 de Noviembre del año 1575, siendo diferente de otro mosen Gaspar Antist, padre de este escritor, de quien dice Gimeno que fue doctor en derechos y abogado de esta ciudad y reino. La obra, pues, que acabamos de indicar bajo el título valenciano de «*Memories,*» contiene una porcion de casos notables acaecidos en nuestro reino y en el de Aragon, casos estraños á que solo la ignorancia ó la mas sencilla credulidad pudiera dar alguna fe. Empeñados empero nosotros en amenizar las columnas del *Fenix* por todos los medios posibles, hemos creído seria grata á nuestros suscritores la traduccion de estos raros manuscritos, estendiéndola con todas las formas de un cuento, pues así pueden llamarse las relaciones originales de Gaspar Antist; entre las cuales se encuentran sin embargo algunos hechos históricos de mucha validéz y de no escasa atencion, que procuraremos insertar entre las tradiciones fantásticas de que nos vamos á ocupar.

Tantas cosas se creen en el dia, á pesar de que es el siglo de la conviccion y del positivismo, que tememos no falte quien crea tambien estos cuentos; bien que procuraremos engalanarlos y pintarlos de modo que llegue á dudarse de las fábulas de nuestra narracion. Cuentos por cuentos allá van estos, que por cierto merecen tanta fe, como muchas de las noticias de lueñes tierras con que se llenan las inmensas columnas de los periódicos.

En el año de gracia 1608, siendo virey de Cataluña el duque de Monteleon, y gobernando la diócesis de Barcelona el Ilmo. Sr. obispo D. Rafael de Roviraltá, y la de Gerona el Ilmo. Sr. D. Francisco Suazo y Arévalo; sucedió que vivia en la villa de Tordera, del vizcondado de Bas, un labrador llamado Pedro Porter (1). Hacia mucho tiempo que este buen hombre habia contraído una deuda, que segun aseguraba él mismo pudo satisfacer en el plazo señalado, para lo cual se cancelaron las fianzas que presentára. Sus acreedores empero ó haciendo desaparecer la cancelacion ó por otros medios de iniquidad, consiguieron un auto de egecucion contra el apurado labrador, que viendo embargados sus bienes y renovada la deuda, que se hallaba ya satisfecha, y próximos á perecer en la miseria su muger y sus hijos, suplicó ahincadamente le concedieran diez dias de plazo, mientras se trasladaba al vecino lugar de Cruañes, con el objeto de cobrar algunas cantidades que le adeudaban, y poder con ellas parar el terrible golpe que amenazaba destruir sus escasos bienes de fortuna. Concedido este plazo emprendió inmediatamente su camino el infeliz Porter, dejando á su familia en la mas desoladora afliccion y desconsuelo. Iba triste y pensativo, dándose ya á Dios ya al diablo, ya mandando á Barrabás á sus acreedores y á sus jueces, cuando al llegar á una vereda estrecha y solitaria le salió al encuentro un mancebo, muy apuesto y caballero en un corcel, llevando otro que le seguia como un podenco. Apenas llegaron á la vista uno de otro saludó el mancebo á Porter,

que abismado en sus amargas reflexiones, no contestó al cumplido viagero. — Buenos dias, le gritó otra vez el mancebo. — Guárdele Dios, contestó el labrador siempre distraído, y sin añadir mas palabras proseguia su camino. — Buenos dias, le volvió á gritar el del caballo, siguiéndole en pos. — Dejadme en paz, le contestó Porter sin detenerse. — Es que os veo triste y vengo á ayudaros, replicó el mancebo. — Gracias, gracias; id con Dios. Tanta tenacidad llamó por fin seriamente la atencion del labrador, y parándose en seguida, contempló á su interlocutor y no pudo menos de responderle: — Son tan grandes mis desgracias, que solo Dios puede remediarlas. — No os arredreis, vecino, le contestó el mancebo; porque Dios envia muchas veces terribles calamidades sobre los hombres, para probar su virtud, y cuando menos se piensa llega el remedio. — Caballero, le interrumpió Porter mirando al mancebo con algun detenimiento, sois demasiado mozo para dar consejos; porque la prudencia y la reflexion vienen con las canas. — Yo tengo una y otra, replicó con altivéz el caballero, y no hay un hombre en el mundo que en esto de aconsejar me lleve ventaja. Dad vado á vuestras cavilaciones, y decidme adónde vais. — A Cruañes, contestó el labrador con enfado. — Pues yo voy tambien con vos, y á pesar vuestro os salvaré de esas desgracias. Contadlas, buen hombre, y no será vana vuestra confianza. El labrador volvió á mirar con alguna inquietud á su compañero, pero concibiendo una esperanza remota de que efectivamente podrian tener término sus males, le respondió, despues de haberse santiguado con la mayor devocion: — Señor galan, yo me llamo Pedro Porter, natural de la villa de Tordera, hijó de Juan Porter, labrador como yo, y como lo serán mis hijos hasta la última generacion. Hace algunos años que experimentándose mucha carestía, mi padre, que Dios haya, y yo tomamos prestada cierta cantidad de dinero, que mi padre satisfizo ya antes de morir. Pasado han veinte años, y ahora me piden otra vez aquella cantidad, y me han embargado mis cortos bienes, y temiendo ir á la cárcel, me he apresurado á ir á cobrar algun dinero que espero recoger en Cruañes. Ahora bien, si tal os sucediera, ¿qué hiciérais vos? — Durante esta breve narracion, caminaba á pie el labrador y apenas podia adelantar mucho por la escabrosidad de la vereda, que se internaba por un desfiladero profundo y pedregoso. A pesar de su fatiga causóle mucha grima el ver que el caballo que llevaba el mancebo de repuesto, se le adelantaba por doquiera, y casi tendiéndose á sus pies parecia brindarle á que le montase. — Ya lo veis, le dijo el caballero, hasta mi caballo os ofrece motivos para que confieis en mí. Decidme, pues, prosiguió, ¿cómo se llamaba el notario que hizo la cancelacion? — German Bozon, contestó Porter, y en seguida le refirió paso por paso cuanto habia ocurrido en aquel negocio; y mientras hacia la narracion llegaron ambos viageros á las orillas de un estanque ó laguna conocido por el estanque de Sils, que se estiende entre Tordera y Cruañes. El camino, empero, se presentaba cada vez mas estrecho, y entonces el caballo suelto se acercó al labrador, tendiéndose como antes para que le montase. A vista de tanta tenacidad del bruto ya no dudó Porter en aprovechar aquella coyuntura, y pidiendo permiso al caballero subió inmediatamente, santiguándose antes, sin embargo, con la mayor fe. Así que continuó el camino, y despues de algunos momentos de silencio, dijo el caballero aproximándose al labrador: — Me habeis contado vuestros trabajos, y compadecido de ellos voy á presentaros al notario Bozon; agarraos bien porque vamos á correr muy de prisa. — ¡Cómo! señor caballero, pues ¿adónde vamos? — Conmigo, á mi patria, á la mansion del diablo. — ¡Dios mio! exclamó el aterrado Porter; y cualquier esfuerzo que hubiera practicado para escapar hubiera sido inútil; porque ambos caballos,

(1) Refiere este caso el padre Emanuel Hortigas en un libro titulado *Llama eterna, camino y desvío del infierno*, lib. 1.º, cap. 1.º, fol. 68.

con sus ginetes, se precipitaron en el estanque, hendieron sus tranquilas aguas, dejando en pos anchas huellas de espuma, y mientras les rodeaba una niebla opaca y un aire melítico, atravesaron rios, montes y las soledades del mar, hasta que avistaron la boca de una cueva, por cuya profunda oscuridad penetraron en seguida. Entonces dejaron los caballos de correr, y el labrador, invocando con toda su alma al ángel de su guarda, oyó con terror aullidos extraños, ruido de cascadas subterráneas, luces errantes y misteriosas y el brillo de algunos ojos que le seguían, ya por delante ya por los lados; hasta que entraron en un gran llano cubierto de fuego, entre cuyas llamas saltaban fantasmas informes que ya se percibían entre

el rojizo esplendor de aquel inmenso cráter, ya desaparecían entre las columnas de un humo espeso y de un color particular. A vista de tan horroroso espectáculo, preguntó aterrado Porter á su compañero:—¿Quién me ha traído aquí? sueño, ó esto es la imagen del infierno.—Sí, le contestó el diablo conductor; ¿y conocerías tú al escribano si te lo presentaran?—No, qué no; contestó el labrador; y oyéndose en seguida una espantosa detonación que retumbó en los antros de aquellas cavernas, vió salir un confuso tropel de diablos apiñados, prensados y confusos que conducían el alma de Jaime Villamor que llevaba en las manos

un proceso que había falsificado por engañar á un hombre, pero que descubierto lo encarcelaron, volviendo á salir afianzado poco después, muriendo á los pocos días, y precisamente cuando Porter hacia su camino. En pos del alma de Villamor vió con espanto las almas de otros, conocidos unos, otros de elevada posición, ó por su sangre, ó por el rango de los destinos que habían desempeñado en Cataluña. A cada una de estas visiones lanzaba un grito de terror y repetía todas las veces el nombre de Jesus. Por fin, vió llegar el alma de Bozon, á quien una voz áspera como el rugido de un león, le preguntó si conocía á aquel labrador. —Conózcole, contestó el escribano, tanto que por él me hallo en el infierno. —¡Jesus! exclamó Porter; y este grito hizo aullar horrorosamente á aquella multitud de diablos que se estremecieron al escuchar este nombre sagrado. Entonces golpearon á Bozon, le atenacearon y sacudieron para que descubriese el lugar en que se hallaba escondido el auto de cancelación que había hecho desgraciado á Porter; y el miserable condenado contestó, que lo hallarían en la sala de su casa en Hostalrich, en el suelo de un armario que había á siete ladrillos de la pared, donde lo escondiera por enemistad que había tenido con el padre de Porter.

Satisfecho entonces con el descubrimiento se volvió á su conductor, y le dijo con la mayor inquietud:—Sacadme de aquí.—Eso no haré yo, respondió el diablo; porque ni quiero, ni puedo.—Enseñadme al menos el camino, replicó Porter.—Tampoco.—Válgame Jesus, exclamó entonces el vivo; y al instante se apareció un personaje que llevaba hábito de peregrino, y entregándole éste el bordon que le servía de báculo, le dijo:—Sígueme.—Y al punto se le

oscurecieron los ojos, cesó el ruido á su alrededor y un aire mas apacible bañó su frente, hasta que el rumor de voces humanas le sacó de aquel estupor, y se halló en la plaza de Murviedro. Tan largo viage le había escitado el apetito, y apenas se vió libre, quiso comprar un pan; pero la panadera se negó á admitir una moneda catalana, lo cual hizo ver á Porter que se hallaba en el reino de Valencia. Afortunadamente se encontraba allí un catalán paisano suyo, que se le llevó á su casa, hasta que regresó á Tordera, donde ya se le creía muerto. En seguida dió aviso á la autoridad del sitio en que estaba escondido el fatal papel de Bozon, cuyo descubrimiento sorprendió á los vecinos de la villa. Porter no

tuvo dificultad en referir lo que había visto, é indicar los nombres de las personas, cuyas almas habitaban en el infierno. Esta revelación le costó á Porter verse encerrado en la inquisición, de donde salió libre al poco tiempo, y vivió después dos años pero triste, meditabundo y solitario. Tenía miedo á las sombras, y á la noche, y á pesar de que oía misa y confesaba todos los días, no pudo olvidar hasta que murió su viage á Cruañes, ni el estanque de Sils, dejando en el pueblo de Tordera y en la Villa de Murviedro larga tradición, que se ha perdido ya, y que un curioso

posterior al Gaspar Antist unió á sus memorias manuscritas, dándola una fe que encanta por su sencillez, y tratando de convencernos con los informes que redactaron algunas personas graves de su tiempo.

EL DESDEN DE NÈLA.

Cada ull el tens com un sòl,

La boqueta de pinyó,

Y en fi tens un qué-se-yo

Que l'enteniment revòl:

¡Ay Neleta, si t'atrape

En l'estable!... —¿Qu'en farás?

—Fer dels meus braços un llas

D'ahon ella no se m'escape!

—¡Eres atrevit Blayet!

—Y después.... —¡Deijam en pau!

—Tinch en mitj lo còr un clau

Qu'em fa tremolar de fret:

¡Tin pietat!... —¿Yo? de ningú.

—Y com el fret es d'amor

No puch entrar en calor

Sino ven propet de tú.

—Blay no sigues el diable

Deijam en pau y quietut;

Com em tornes á dir jut

M'en vatj. —¿Ahon?... —A l'estable.

A.



GRISI-LABLACHE.

El artista italiano es una ave viagera, que nacida bajo el hermoso cielo del Lacio, vaga errante de pais en pais, y ora hace resonar sus cánticos en las frias regiones del Norte, ora en las orillas nebulosas del Támesis, ora en las márgenes bulliciosas del Sena, y ora en fin en las humildes riberas del Manzanares. Lanzado en una senda de gloria y de afanes á la vez, viene á reproducir en nuestros teatros las inspiraciones de Rossini y Bellini, de Donizetti y de Verdi. Su voz armoniosa, como el sonido de un arpa, llena de encantos á los numerosos espectadores, que acuden de todas partes para oír unas melodías que calman los dolores, y ver recoger al artista las hermosas coronas, que el entusiasmo arroja con profusion á sus pies. Su triunfo es bello; triunfo que no cuesta lágrimas, que no hace verter mas llanto que el de la armonía, y triunfo en fin que solo puede comprender el alma del artista. Sus nombres resuenan por doquiera con aplauso; y no hay capital culta que no haya tributado su homenaje de admiración á la Malibran, á la Pasta y Mario, Duprez, Unanue, Rubini, y otras notabilidades del mundo filarmónico. Para todos hay coronas; la Europa reserva á cada uno un sitio de celebridad en los anales de su civilización; y no son ciertamente la Grisi y Lablache los que merecen menos este honor. Elevados uno y otro artista á una region donde el genio hace prodigios halagado por el aplauso, sostenidos por su inmensa reputación, y fiados en el porvenir, todavía saben conmover no solo á la elegante sociedad de París, sino tambien al opulento comerciante de Londres. Sus nombres populares ya en toda la Europa, no necesitan mas esfuerzos para ceñir nuevas coronas, ni temen ese porvenir, que al principio de la carrera de un artista se ofrece brillante para la ilusión, doloroso para la verdad. Dominando con su voz armoniosa al inmenso auditorio que se estasia entre sus cánticos, pueden entonces remontarse á una region, do no llega ya el murmullo ratero de la envidia, ni el somero rumor de los contrarios. No hay un solo apasionado á la armonía que no haya oído hablar de la Grisi, que no haya rendido su homenaje de entusiasmo á Lablache. Los teatros de Londres y de París pululan en admiradores, cuando ambos artistas se presentan en aquellas populosas capitales, para hacer vibrar las mas suaves melodías sobre aquel mundo que se agita á sus pies, y recibir aplausos y coronas, y esperanzas y gloria, y nuevos sueños para el porvenir. Su carrera ya no ofrece mas que flores; de la multitud que les circunda no se exhalan ya mas que aclamaciones, y por todas partes van hollando una senda, que no tiene abrojos ni suspiros. ¡Brillante carrera, que no destila, como la del conquistador, arroyos de sangre que inundan los pueblos y ahogan las fortunas de toda una generacion! ¡Como el cisne, llega de paso por nuestras capitales una notabilidad filarmónica, y entona sus cánticos, y al desaparecer deja recuerdos que encantan, recuerdos que no se olvidan! Así la Grisi y Lablache, admirando al mundo, recogen por doquiera los aplausos y las coronas, para que la posteridad los admire aun, cuando adoren sus sepulcros. Así otros genios artísticos, siguiéndoles de muy cerca, se elevan á esa region, donde solo el mérito puede esclamar: «aquí no llega la adulacion.»

A G....

*¿Por qué son fuego tus ojos
Cuyos ardientes destellos
Abrasarse hacen en ellos
Mi amoroso corazon?*

*¿Por qué, di, cuando te miro
De mi bien sombría palma
Bebe en tus ojos el alma
Su esplendente inspiracion?*

*¿Por qué al mirar la sonrisa
Sobre tu labio rodando
Envidia á la aurora dando
Con su gracia angelical:
El pecho siente placeres
Y solo hay en la memoria
Dulces recuerdos de gloria
Sin un recuerdo de mal?*

*¿Por qué si el aura amorosa
Une su aliento á mi aliento
Enloquece el pensamiento
Su fragancia al aspirar;
Y tan mágico perfume,
Tan grata esencia de amores
Oscurece el de las flores
Y el que brinda el azahar?*

*¿Por qué si limpia, argentada
Llega tu voz á mi oído
Tierno, amoroso latido,
Conmueve mi corazon,
Y dulce, blando su acento
En su encanto y melodía
Puros goces grato envía
Que embellecen la ilusión?*

*¿Por qué, por qué te amo tanto,
Si en pago de amor tan ciego
Habrás de olvidarme luego
Y aborrecerme quizá:
Y veré mis ilusiones
Por el desden agostadas
Y en el viento arrebatadas
Del olvido y la impiedad?*

*Y en la mar del desengaño
Bogará marchita y yerta
Mi pobre esperanza, muerta
En su desesperacion;
Y de ese mar proceloso
En la impetuosa corriente
Morirá pausadamente
Por tu amor mi corazon.*

F. Belza.

El señor D. Víctor Balaguer, poeta catalan, harto conocido por las lindas composiciones líricas y dramáticas que han brotado de su fecunda pluma, acaba de llegar á esta capital, cuya presencia le ha inspirado la siguiente poesia: damos con placer la bienvenida al estudioso jóven, cuyo precóz talento y aventajadas dotes le han conquistado un puesto muy distinguido entre nuestros literatos.

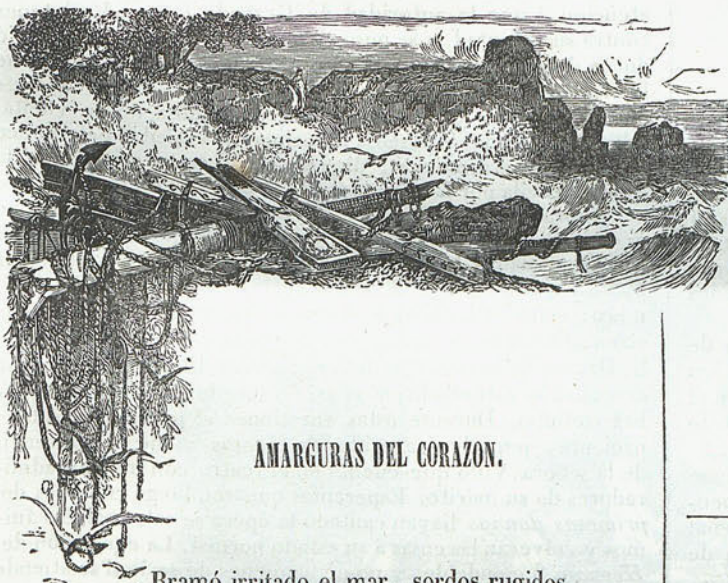
A VALENCIA.

IMPROVISACION.

Ahí estás tú, Valencia la preciada,
Dormida sobre un lecho de verdura,
Y abrigando tranquila en tu regazo
El rio que monótono te arrulla.

Al matutino albor del sol naciente
 Alfombrando de fuego la llanura,
 Elevarte te he visto soberana
 Tu manto real tendiendo sobre el Turia,
 Y he visto tus moriscos capiteles
 Lanzar al cielo su espiral aguja,
 Y te he mirado envuelta en el turbante
 Con que la niebla matinal te oculta. —
 Soberana ciudad, el triste bardo,
 El bardo del dolor y la amargura,
 Que vida debe á los salvajes montes
 De la osada, indomable Cataluña,
 El bardo triste, errante, peregrino,
 Que no hallando refugio en su tristura
 Le halló en su corazón, cuando su estrella
 Su corazón sensible trocó en tumba,
 El bardo que debió á las tempestades
 Los primeros arrullos de su cuna,
 Y al huracán de su gastada vida
 Un día deberá su fosa oscura,
 Ese bardo al pisar hoy tus umbrales,
 Soberana Valencia, te saluda.

Victor Balaguer.



AMARGURAS DEL CORAZON.

Bramó irritado el mar, sordos rugidos
 Lanzó en sus senos cóncavos el viento,
 Y en el inmenso espacio sacudidos
 El mundo retendió y el firmamento.

Creció la lobreguez; sierpes de llama
 Rasgaron con fragor la densa bruma,
 Y al cruzar por el éter que se inflama
 Tiñeron con su luz la hirviente espuma.

Y al ímpetu de roncós aquilones
 Se irguieron con furor las ondas bravas
 Cual si invadir quisieran las regiones
 Del que á su régia voz las hizo esclavas.

La tierra enmudeció y el orbe atento
 Suspende con asombro sus cantares
 Para escuchar el himno de los vientos
 Entre la ronca orquesta de los mares.

En pos de abrigo y de seguro puerto
 Va la humana ambición con su fortuna,
 Que la inmensa extensión del mar desierto
 No se atreve á cruzar vela ninguna.

¡Y ay de la triste nave sin cautela
 Que se estrelló en el áspero bajío!
 ¡Y ay de la triste nave cuya vela
 Hinchó bramando el huracán bravío!

Que rota, informe vagará y sin guía
 Por los escollos de la mar siniestra
 La mole colosal que fuera un día
 Del orgullo del hombre altiva muestra.

Mirad allí sus débiles fragmentos
 Que combaten las olas á millares
 Cuál los arrastran con furor los vientos
 Ludibrio á ser de los revueltos mares.

Dejad, dejad que el elemento airado
 Su informe casco y su agonía insulte,
 Dejad que al fin de escarnecer cansado
 En sus profundos senos lo sepulte.

Que así también de la esperanza mia
 Bogó otro tiempo la pomposa nave
 Por el tranquilo mar de mi alegría
 Que el céfiro rizó manso y suave.

Y así también los irritados vientos
 Se desataron roncós en su daño,
 Y se hundieron sus restos macilentos
 En el acerbo mar del desengaño.

Perdidos van entre la mar que brama
 Los restos, ¡ay! de mi ilusión primera,
 Y el corazón que con afán los llama
 No los verá tornar á la ribera.

Perdidos van y mi pupila en vano
 Por ese mar de mi dolor se lanza,
 Que no descubre en su terrible arcano
 Ni el mas ligero asomo de esperanza.

Y así tronchó inhumano mi alegría
 De mi existencia el huracán violento,
 Y así mi vida tronchará algún día
 Cual débil caña el rebramar del viento.

Y así del mundo en la fatal corriente
 Mueren las esperanzas una á una,
 Y ay del que aun el vigor del pecho siente
 Y allá en su corazón no vé ninguna.

¡Y ay de la triste nave sin cautela
 Que se estrelló en el áspero bajío!
 ¡Y ay de la triste nave cuya vela
 Hinchó bramando el huracán bravío!

Peregrin García Cadena.

A UNA ROSA.

Vuela, vuela, bella rosa,

A adornar el casto seno

De la hermosura donosa

Que mi pecho cautivó.

En su seno recogida

No te encontrará la muerte....

Muchos envidian tu suerte

Mas nadie acaso cual yo.

Tu frente descolorida

Muestra veráz y angustiosa

Que en tu cáliz, ¡ay! se anida

La amargura y el dolor.

¡Pobre rosa! ¡pobre rosa!

Unida va nuestra suerte

Doquier á encontrar la muerte

Tú de envidia, yo de amor.

V. Balaguer.

REVISTA TEATRAL.

La segunda parte del Zapatero y el Rey.—La Abadía de Castro.—Una ausencia.—Ribera.—El Héroe por fuerza.—Hernani.—El Diablo predicador.



RANDES acontecimientos han tenido lugar en la presente tempestuosa semana; nos hemos visto amenazados de un pronunciamiento teatral, ha peligrado la alegría pública, los alguaciles han tenido que estar sobre las armas y bajo sus encendidos sombreros; los empresarios subiendo y bajando, entrando y saliendo, pasando de Scila á Caribdis; sucedíanse rá-

pidamente las pataletas; el facultativo sin hora de descanso; la autoridad alerta; los apuntadores contrapuntados; los pitos á alto precio; la compañía dramática pagando culpas ajenas; los juicios de conciliación á la orden del día; los ministerios de la Bramvila y la Villó siendo objeto de todas las conversaciones; fatídico el presente, oscuro el porvenir, enmarañado lo pasado, y dudas y esperanzas, y envidias, y celos, y regañones, y lagrimones.

- B. Y en tanto que mis recelos....
 V. Y mientras mis esperanzas....
 E. Y hasta que mis enemigos....
 B. Averiguo,
 V. Logre....
 E. Caigan....
 V. Fortuna, dame favor.
 P. No me dejes, tolerancia.
 B. Justicia, Zenon, justicia....
 Todos. Y el mundo admire la maña
 Con que deshacerse pudo
 Madeja tan enredada.

La segunda parte del Zapatero y el Rey. A pesar de la mucha mar de afuera que estaba amenazando, llegó el bajel al puerto felizmente, merced á los esfuerzos de los diestros pilotos Lugar y Pizarroso. El primero en el delirio del tercer acto, y el segundo en el final del drama, fueron aplaudidos del público.

La Abadía de Castro. Tantas veces hemos hablado de este drama, que nada nos queda ya que decir. La egecucion fue buena en lo general y el señor del Rio se distinguió en el lindo papel de Rodolfo, así como el señor Pizarroso en el de cardenal. Las señoras Toral y Carrasco bastante bien. Al final, y cuando Sixto V tira la muleta y es reconocido como soberano pontífice, echamos de menos la salida de un dependiente del vaticano, que lo anunciase oficialmente. La señal del castillo de Sant-Angelo si bien anuncia la eleccion de papa no revela el nombre del elegido.

Una ausencia. Esta comedia sirvió para llenar el hueco filarmónico que dejó aquella noche la horrible cuestion suscitada por este y aquel, por esta y la otra acerca de si tú has de ser, si he de ser yo, la que pele la pava con el formidable Hernani. Lo cierto ello es que el público queria La Lucta anunciada el día anterior y le dieron La Ausencia, y á las lágrimas de los actores respondia con un concierto de pitos y acompañamiento de bastones: la egecucion fue endiablada, el apuntador tocó la campanilla cuando le pareció conveniente y el telon cayó antes de tiempo.

Ribera ó la fortuna en la prision: esta comedia si bien con muy linda versificación y un diálogo no menos bello en mas de una escena, es sin embargo de las mas débiles del señor Rubí; su argumento de puro sencillez toca en trivial, el desenlace está previsto desde la esposicion, y la accion carece de vida y de interés dramático.

La egecucion fue esmerada: el señor Pizarroso estuvo muy bien en el final del primer acto al encontrarse con su rival, y el señor Gonzalez cual nunca en sus diálogos con los señores Cejudo y Comerma. Pocas veces hemos visto á este actor con tanta inteligencia y dignidad.

El Héroe por fuerza: escusado es decir que el señor del

Rio tuvo á la concurrencia en una continua risa, y que cuando se coloca en ese terreno, es imposible resistir á su gracia ni dejar de perdonarle las flores con que adorna su papel. La señora Orgáz y los demás actores lo secundaron bien.

Hernani: hé aquí el caballo de batalla y el autor de los disturbios y jaranas ocurridas: por su culpa se han formado bandos en el teatro, se ha trastornado el orden de las funciones y se ha revuelto el palomar. Hé aquí los hechos tal cual á nuestros oídos han llegado.

Hace unos cuatro meses que la empresa repartió el Hernani á la señora Bramvila, única *prima donna* á la sazón: vino la señora Villó, y al ajustarla en Julio para el resto de la temporada, pidió á la empresa y ésta le ofreció formalmente que á su regreso de Granada cantaría la referida ópera, y así se lo confirmó por escrito: llegó el 10 de Setiembre, día prefijado en la contrata de la señora Villó para cantar en Valencia, y ésta no vino: escribió á la empresa que el día 8 salía de Granada: llegó el 20, y no habiendo parecido volvió el afortunado Hernani á poder de la señora Bramvila. El 25 se presentó la señora Villó y exigió de la empresa el cumplimiento de su promesa, y ésta se aferró en sostener á la señora Bramvila: tomó parte el público, se suspendió la representación que estaba anunciada, se celebró juicio de conciliación y se alegaron por las partes las siguientes razones: la señora Bramvila que la habian repartido dos veces la ópera, que la habia estudiado y ensayado, y estaba en su derecho: la señora Villó que tenia una formal promesa de palabra y por escrito y reclamaba su exacto cumplimiento, pues si bien era cierto que con arreglo á su contrata debia hallarse en Valencia el 10 de Setiembre, no fue culpa suya el llegar el 25, en atención á que la autoridad de Granada la mandó detener contra su voluntad, y se puso en marcha tan luego como se vió dueña de sus acciones: y la empresa que en cumplimiento de lo ofrecido tuvo reservada la ópera hasta el día 20 á la señora Villó, pero que pasado este día, dudosa de su vuelta, falta de entradas y deseosa de calmar la ansiedad del público que pedia óperas nuevas, dispuso del Hernani en favor de la Sra. Bramvila por haber caducado el derecho de la Sra. Villó.

Ahora bien: ¿quién tiene razon? No lo sabemos: lo cierto es que se decidió por avenimiento de las partes sancionado por la autoridad, que las dos *primas donnas* cantasen la ópera y que decidiese la suerte cuál la habia de verificar primero: echadas las bolitas en un sombrero salió favorecida la señora Bramvila, y el Hernani se puso en escena la noche del 8. Dentro de breves días deberá cantarlo la señora Villó, con arreglo á lo estipulado; y si así no sucede, creemos que habrá víctimas. Durante estas cuestiones el público ha sido el paciente, pues ha carecido de óperas y de la presencia de la señora Villó que cuenta en el teatro con muchos admiradores de su mérito. Esperamos que tan luego como las dos *primas donnas* hayan cantado la ópera se calmarán los ánimos y volverán las cosas á su estado normal. La egecucion del Hernani fue endeble, y no podia menos de serlo si se atiende á que los cantantes y aun parte del público estaban en la persuasión de que iba á haber toros y cañas. Afortunadamente nada ocurrió, salvo las innumerables gritas que se le dieron al señor Natale que estaba absolutamente inútil para cantar y que con la mayor serenidad daba las gracias al público cuando lo silbaba. Jamás se vió Carlos V tan mal parado.

La señora Bramvila salió casi muerta como nuestros lectores calcularán, pero sin embargo, cantó con gusto y afinación el andante de su cavatina, y el público la aplaudió con galantería.

El señor Gomez, en los primeros actos tampoco estuvo feliz, pero animado en el magnífico terceto final recibió tambien muestras de aprobacion. El señor Santarelli como siempre.

La ópera solo obtuvo un escaso éxito, pues además de la pavora de los cantantes, el señor Natale, que es el alma de ella, no cantó bien una sola nota, y sus divinas melodías pasaron desapercibidas. La representación del Hernani ha sido el parto de los montes.

El Diablo predicador: como el Héroe por fuerza: risa y jaleo y animacion, y el señor del Rio haciendo verdaderas diabluras.

La Mosca.

MIL Y UNA NOVELAS.

Una entrega cada 15 días de 64 páginas en 8.º mayor, edicion de lujo. Para los Sres. suscritores al FENIX ó á la Biblioteca del FENIX, un real de vellon la entrega; para los que no lo sean, dos reales: á los de fuera se les aumentará medio real por entrega. Se suscribe en provincias, tanto al FENIX como á las novelas, remitiendo libranza sobre correos, franca de porte, á favor del director del FENIX; en Valencia en la

Imprenta de D. Benito Monfort, plaza del Temple.